

RECENSIONES

Monástica

DONATO OGLIARI, *Tempo e Spazio alla scuola di san Benedetto*, Noci, Edizioni La Scala, 2012, 134 pp.

El director de la revista de espiritualidad “La Scala” Donato Ogliari nos ofrece en este libro una descripción acuciosa del tópico del tiempo y del espacio en la *Regla* benedictina. Desde una óptica fenomenológica estudia la implicancia de ambos dentro de la vida monacal. Es decir, el *quomodo* de ambos en la *koinonía* monástica.

La temporalidad implica la obra creadora de Dios. El Génesis relata cómo las estrellas han sido puestas en el cielo para indicar las fiestas, los días y los años. Sin embargo, el Hijo de Dios ha hecho suyo el *cronos* humano y lo ha revestido de eternidad. Por ello, el adagio latino: *Omnia facie et consumir tempus* no resiste a la consideración cristiana de la temporalidad. Desde otro punto de vista, el hombre posee una vivencia del tiempo distinta de su realización concreta. Más aún la visión monástica-benedictina del devenir, parte del hecho del *Kairos* divino, el cual irrumpe en la existencia humana en todo momento. De allí se desprende su relevancia para el *Opus Dei* monástico. La oración litúrgica constituye un umbral del encuentro; pues allí confluye la comunidad orante y el querer divino. El capítulo 52 de la *Regla* es clave. Allí se afirma: “salgan todos en perfecto silencio, guardando reverencia a Dios”. Esto constituye un mandato articulado por la *taciturnitas* benedictina y el temor divino, del cual nace la importancia de la oración común y particular

Por su parte, la espacialidad, es el nexo entre el hombre y la arquitectura. Los distintos lugares regulares de la vida monástica no hacen otra cosa que reflejar la tensión histórica y tradicional de los mismos. El vivir o el habitar dan origen a un lugar humano completo. El monasterio es un lugar teológico. Las distintas dependencias regulares de la vida monástica son aristas de una especificidad, o mejor dicho del ser propio del monje. Tanto tiempo como espacio no dirigen la vida religiosa, sino que son parte de ella.

Rodrigo Álvarez, osb

Vida religiosa

JEAN-CLAUDE LAVIGNE, *Perché abbiamo la vita in abbondanza: la vita religiosa*, Magnano, Edizioni Qiqajon, 2012, 416 pp.

“Para que tengan la vida en abundancia: la vida religiosa”. Esta interesante y profunda obra, escrita por el religioso dominico Jean-Claude Lavigne, se abre con un prólogo de Enzo Bianchi, prior de la comunidad de Bose, cerca de Milán. Éste hace notar que, aunque a partir del Concilio Vaticano II la vida religiosa recibió grandes impulsos –no sólo por el decreto *Perfectae Caritatis*, sino aun más por las cuatro grandes constituciones conciliares–, en los años posteriores se vio afectada por una llamativa disminución y aun pérdida de vocaciones. Si bien este fenómeno es el más visible, se dan otros aun más preocupantes: 1) debilitamiento de las motivaciones; 2) falta de reconocimiento del propio carisma al interior del mismo cuerpo eclesial; 3) ofuscamiento de la propia visibilidad como testimonio del evangelio. Sin duda el sínodo de obispos del año 1994 y la consiguiente exhortación apostólica de Juan Pablo II “*Vita consecrata*” (1996), quisieron responder a dichas fallas, sugiriendo pistas de reflexión y de renovación; pero la recepción del documento no logró suscitar el necesario eco ni el entusiasmo para que los religiosos tomaran conciencia del “tesoro en vasos de arcilla” que custodian para el bien de la Iglesia universal. Hasta aquí las palabras orientadoras de Bianchi. La obra de Lavigne, que aquí comentamos, representa un esfuerzo muy logrado para sobreponerse a las deficiencias arriba señaladas. Los capítulos iniciales, con sus estadísticas sombrías, plantean un diagnóstico sincero y realista. La segunda parte, con su *leitmotiv* de la vida religiosa como “distanciamiento fecundo”, puede considerarse como una contraofensiva espiritual del autor. Una vez definido, en el capítulo V, lo que entiende bajo este concepto-clave, lo despliega con fino análisis como “distanciamiento llamado oración” (VII); “distanciamiento en la vida común” (IX); “distanciamiento de los votos” (XI); y “distanciamiento del servicio eclesial” (XIII). Por el solo hecho de proponer como punto de partida el concepto de “distanciamiento” –aunque lo aclara y modifica con el adjetivo “fecundo”–, el discurso de Lavigne representa un vigoroso desafío a la receta para la renovación de la vida religiosa predominante desde el postconcilio, que es el abrazo de oso con el llamado mundo moderno. Aunque la otra idea triunfante, la de la justa importancia de los “signos de los tiempos”, prestara también su aliento a la vida religiosa, ésta resultó más bien empobrecida que renovada por la influencia del pensamiento contemporáneo. Pero Lavigne profundiza aun más su novedoso programa: después del análisis de estos cuatro “distanciamientos”, agrega siempre una sección que podría interpretarse como de fundamentación. Concluye con una tercera parte titulada “Llegadas”, con dos capítulos sobre el futuro y una conclusión.

Están allí, abiertas para meditarlas, reflexiones muy esclarecedoras, pero dependientes, para su realización práctica, de un Pentecostés hasta ahora sólo ardientemente esperado.

Mauro Matthei, osb